

# La huerta que se desvanece

*“La barraca”* y otras novelas de Blasco Ibáñez  
ante fotografías actuales de *L’Horta* de Valencia



Alex Hurtado

EDITORIAL UNIVERSITAT POLITÈCNICA DE VALÈNCIA

# La huerta que se desvanece

Alex Hurtado



*Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.*

Primera edición, 2011

© de la presente edición:  
Editorial Universitat Politècnica de València  
[www.editorial.upv.es](http://www.editorial.upv.es)

*Distribución:* pedidos@editorial.upv.es  
Tel. 96 387 70 12

© de las fotografías: Alex Hurtado

Imprime: By Print Percom S.L.

ISBN: 978-84-8363-782-1  
Depósito Legal: V-4399-2011  
Ref. editorial: 0969

Queda prohibida la reproducción, distribución, comercialización, transformación, y en general, cualquier otra forma de explotación, por cualquier procedimiento, de todo o parte de los contenidos de esta obra sin autorización expresa y por escrito de sus autores.

Impreso en España

*A mi abuelo Antonio, el labrador y carretero más cercano  
que nunca he tenido, a quién tan presente he tenido en mis  
salidas a la huerta.*

*A Mila, mi amada compañera de viaje y a mi pequeño  
Nicolás, con el deseo de que no pierda nunca la curiosidad  
por el mundo que lo rodea.*

# Presentación

Como diría el poeta, "...este libro va dirigido a ti, a tu alma de agricultor enamorado, cuyos sueños e inquietudes luchan por labrar, regar y cuidar todavía la huerta valenciana. Cuando despiertes de esos sueños, probablemente la encontrarás, radiante de formas y verdes matices, en un cielo más humano... menos globalizado."

Esta obra fotográfica discurre de la mano de breves textos extraídos de tres novelas, "Cañas y Barro" "Arroz y tartana" y "La Barraca", íntimamente ligadas al paisaje del marjal o al de la fértil huerta y sus labradores. En ambas Blasco Ibáñez describe el perfil humano, las costumbres domésticas y sociales y los matices del quehacer de agricultores inquietos, herederos de intrépidos colonizadores -como los calificó nuestro insigne botánico Cavani- lles- desafiantes de miasmas, incomprensiones y otras tantas adversidades. Constituyen un apoyo indispensable para penetrar en la descripción gráfica donde el paisaje se convierte en protagonista.

Un paisaje transformado vertiginosamente por elementos ajenos que no reparan ni en las costumbres ni en la historia.

El lenguaje de la fotografía mantiene, a lo largo de su "narración", la viva y dura comparación entre lo que fue y la realidad actual. Reclama la armónica coexistencia entre una naturaleza consentida y una genuina actividad agrícola en la que, como antaño, se combinaran la obtención de recursos, como fin prístino, y el arte en las formas y en la técnica.

El autor recurre con frecuencia al contraste entre un ayer, plasmado en fragmentos de huerta arrinconada, y la avasalladora realidad actual del hormigón emergente, gris o blanco, o del hierro bajo formas meticulosamente calculadas. Es la huerta reducida a manchas geométricas cada vez más dispersas, como asustadas, frente a un paisaje urbano agresivo, con vida vegetal disimulada.

La descripción no se regala con actitudes chovinistas. Trata de reivindicar, como lo hicieron nuestros recientes antepasados, un patrimonio étnico y cultural. Evita aislar en un solo plano un campo de chufas con surcos idénticos minuciosamente elaborados o el discurrir de unos canales de riego inspirados en la cultura árabe. Casi siempre aparece como telón o primer plano impertinente el futuro anunciado, la mancha borrosa de un coche veloz, una carretera, esbeltos edificios o recientes monumentos de atrevidas siluetas que se incorporan, sin ser necesario un gran angular, al paisaje.

Hay escenas para el recreo. En algunas secuencias se busca reanimar la huerta a través de surcos convergentes, casi siembre cubiertos de verde, sobre rectas meticulosamente

elaboradas, rústicos accesos, la bicicleta o el carro como medio. Pero en la mayoría nos presenta un continuo contraste de conceptos y de tiempos. Descarta mostrarnos el pasado perdido, los campos avariciosamente apretados, como lo vivió, con alguna reticencia, Blasco Ibáñez.

Espera paciente para dibujarnos secuencias dinámicas. En dos páginas recrea el desfilar de paisajes cambiantes con la luz, desde la mañana deslumbrante hasta la noche jalonada con dorados destellos de bombillas sobre esquinas o fachadas. Y en ella descansa el sueño y probablemente la esperanza perdida.

Una huerta de cultivos, de plantas que, ajenas a su origen, aceptan voluptuosas el mimo y las técnicas para un mejor crecimiento dibujando, con el riego y la tierra, un mosaico de colores .

Y de la huerta al marjal, a los arrozales. Rescatados de la Albufera con ímprobo esfuerzo quedan reflejados con bellas imágenes extraídas de sus inviernos, o previas a la plantación del arroz. En cualquier caso son el testimonio de un paisaje con luz cegadora en encendidos atardeceres, un espejo de vida. En un pasado no lejano celebraban en ella los peces y las aves, de múltiples formas y linajes, una algarabía de ferias. Pero sobre todas una, la de la vida.

En otras secuencias los hombres y las mujeres de la huerta posan, con sus modernos hábitos y su entorno, portando un testigo en sus miradas. Añoran y temen a la vez la casi irremediable extinción de su reciente pasado, sus costumbres y el cálido escenario de sus vidas. También un poco nuestro. El de todos los valencianos.

Y de por medio la familia, los amigos, tertulias y el alegre colorido aportado con los vestidos de gentes emigrantes, animosas, sahelianas. Fiestas, caza, tiro y arrastre y fuego días antes de la recolección o en las fallas.

Es un libro para “leer” con nostalgia y cariño. Para disfrutar de la imagen y el colorido. Nos invita a no olvidar nuestros orígenes ni nuestro reciente pasado y a reflexionar sobre las formas de vivir en el tiempo.

Caminar por él, y con él por la huerta y los arrozales es, para quienes compartimos y aprendimos formas de vivir, enseñanzas y recursos de los labradores, un alivio, un regalo. Nos despierta el recuerdo de su actitud diaria, .....que las contrariedades se superan con resignación y esperanza, y que las incertidumbres, derivadas del clima, de una plaga o un golpe de sol tras una lluvia fugaz en primavera, son fruto del azar, como casi todo en nuestra vida.

*Valencia 20 Noviembre 2011*

**Herminio Boira**

# Prólogo

Ésta es una historia de transformaciones, de cambios, de cómo una sociedad puede dejar atrás su forma de vida ancestral, pero difícilmente olvidar sus raíces.

Las aguas del Turia riegan los fértiles campos de hortalizas y frutales próximos a la ciudad de Valencia gracias a una extensa red de acequias, que en el pensar popular mayoritario se atribuye a la época de dominación musulmana. Al sur, las aguas de la Albufera cada vez van cediendo más terreno a los arrozales.

El entorno rural que rodea la ciudad de Valencia desde su misma fundación, ese cinturón que la ha alimentado durante siglos, cada vez se reduce y resquebraja más.

He querido mostrar esa triste agonía, ese cambio a veces lento, a veces angustiosamente rápido. Pero no desde un punto derrotista, sino para intentar sensibilizar sobre el patrimonio que aún conservamos, la belleza irremplazable que tan próxima a los valencianos está. Y para ello recorrí el entorno - entre marzo de 2009 y noviembre de 2010 - a un radio de 10 kilómetros del Micalet, el campanario de la Catedral de Valencia.

Esta limitación espacial refuerza la idea de cercanía a la ciudad, como espero que lo haga también el uso de los textos del maestro Vicente Blasco Ibáñez. Sus novelas "La barraca" (1898), "Cañas y barro" (1902) y "Arroz y tartana" (1894), tienen como escenario la Huerta, la Albufera y sus arrozales y la ciudad de Valencia, respectivamente, y me parecen muy adecuadas para contrastar el paso del tiempo. Además, las novelas han dejado su impronta en muchos valencianos, quienes aun sin haber estado físicamente en la Huerta se han formado una imagen de ella gracias a éstas.

Uniendo estos textos antiguos y mis fotografías actuales, he intentado mostrar la belleza romántica del paisaje y del trabajo de la tierra, la calidez de los huertanos o llauraors y sus familias - autóctonos o no, permanentes o de paso -, sus tradiciones y, claro está, los desafíos a las que se enfrentan.

El progreso, que nunca se detiene, puede pasar por encima de este entorno físico, histórico y cultural, o puede pasar a su lado. El tiempo lo dirá.

**Alex Hurtado**



# Agradecimientos

Como este libro pretende ser un testimonio del estado de las cosas y éstas van ligadas a las personas, quiero citar a todas las personas y colectivos que han facilitado su realización.

Quiero expresar mi profundo agradecimiento a Manolo 'el Gallo' y Vicent Martí, por su amor a la tierra y su paciencia con las fotografías que les tomé; a Antxón Monforte y a Enric Navarro, de Monorxata y Terra i Xufa, por apoyarme y abrirme puertas desde el primer momento; a los colectivos de Per L'Horta y Salvem Catarroja, por sus acciones de sensibilización sobre el patrimonio cultural y paisajístico en peligro de extinción y a los representantes de estos colectivos que me atendieron, Conxa Medina y Piedad García; al Tribunal de las Aguas, por representar a una entidad milenaria y recientemente reconocida como Patrimonio Inmaterial de la Humanidad por la UNESCO - mención especial a Vicente Náchter y Paco Roca Ortí, Presidente y Alguacil del Tribunal en el momento en el que lo fotografié; al 'Rubio de Paterna', a Aissatou Ndiaye y a su Asociación de Mujeres Africanas de Paterna, por llenar de colorido y buen humor L'Horta del siglo XXI.

A Miquel Minguet y su Horta Viva; a Toni Montoliu, por su barraca y su defensa del folclore; a Onofre Cubells y su pasión por las fiestas de Sant Antoni; a José Gimeno Navarro y a Enrique 'de Catarroja', arroceros e hijos del Lago; a Miguel 'el Roig de Ceba'; a Juan Aguilar y Milagros Campos, de la Alquería Navarro y a Pepe 'el Sarier' y Luisa, su simpatiquísima mujer.

A Manolo Gisbert y su Peña de tir i arrastre Sant Antoni Abad del Oliveral-Castellar; a José Ferriols y su Sociedad de Cazadores 'El Siglot' de Sedaví; a Manolo Guzmán y al Club de Cazadores de Alfafar; a Antonio Sepúlveda y al 'Moreno de Moncà'; a Vicent Ferrer 'Testa'; a Juan Antonio Almenar y Vicente González Vera y sus Clubs de Colombicultura de Benifaraig y Albuixech; a los horchateros Javier Balaguer 'Rin' y Joaquín 'Pibrera'; a los Festers del Cristo de Forn d'Alcedo y a la Peña Gatzara, por llenar de dolzainas y música la huerta.

A Jesús García Lorenzo y Lluís Boti, mis compañeros, consejeros y amigos; a Manolo Gázquez, Fernando Fortuñ, Fernando Cuenca y Juan Manuel Requena; a Pascual Medina, Carolina de Val Forna y Adrià Besò, del Museu de L'Horta Sud de Torrent y... - ¡cómo no! - a los grandes consumidores de horchata y amigos Rosa Pérez, Raúl Adrián y Salva Martorell.

A José Hueso, de l'Horta Jovi, Eduard Pérez i Lluch y Salva Benlloch, por contagiarme su interés por hacer un trabajo sobre la huerta y a PHOTOESPAÑA - con Pablo Rubio y Lesley Martin, de Erretres y Aperture Foundation, como colaboradores en su Campus de Edición

de Libros de 2011 - por reconocerlo cuando más lo necesitaba y orientarme con la maqueta. Casi finalizando, a Rosa Carreras, por ponerme en la pista editorial buena.

Mención especial a Herminio Boira por las palabras que dan inicio a esta edición y al Museu d'Etnografía de València, con Joan Seguí y Salva Calabuig a la cabeza.

En último lugar, pero no por ello menos importante, mi gratitud a la Universidad Politécnica de Valencia por dar vida a esta publicación. En especial a la Facultad de Bellas Artes y en particular a Ricardo Forriols, Joan Peiró, Remedios Pérez y José Lorca.

**Alex Hurtado**

# 1. La belleza romántica



Desperezose la inmensa vega bajo el resplandor azulado del amanecer, ancha faja de luz que asomaba por la parte del Mediterráneo.

...

Apagábanse lentamente los rumores que poblaban la noche: el borboteo de las acequias, el murmullo de los cañaverales, los ladridos de los mastines vigilantes.

Despertaba la huerta, y sus bostezos eran cada vez más ruidosos. Rodaba el canto del gallo de barraca en barraca; los campanarios de los pueblecitos devolvían con ruidosas badajadas el toque de misa primera que sonaba a lo lejos, en las torres de Valencia, azules, esfumadas por la distancia, y de los corrales salía un discordante concierto animal: relinchos de caballos, mugidos de mansas vacas, cloquear de gallinas, balidos de corderos, ronquidos de cerdos; el despertar ruidoso de las bestias que, al sentir la fresca caricia del amanecer cargada del acre perfume de vegetación, deseaban correr por los campos.

El espacio se empapaba de luz; disolvíanse las sombras como tragadas por los abiertos surcos y las masas de follaje, y en la indecisa neblina del amanecer iban fijando sus contornos húmedos y brillantes las filas de moreras y frutales, las ondulantes líneas de cañas, los grandes cuadros de hortalizas, semejantes a enormes pañuelos verdes, y la tierra roja, cuidadosamente labrada.

Animábanse los caminos con filas de puntos negros y movibles, como rosarios de hormigas, marchando hacia la ciudad. Por todos los extremos de la vega sonaban chirridos de ruedas, canciones perezosas interrumpidas por el grito arreando las bestias, y de cuando en cuando, como sonoro trompetazo del amanecer, rasgaba el espacio un furioso rebuzno del cuadrúpedo paria, como protesta del rudo trabajo que pesaba sobre él apenas nacido el día.

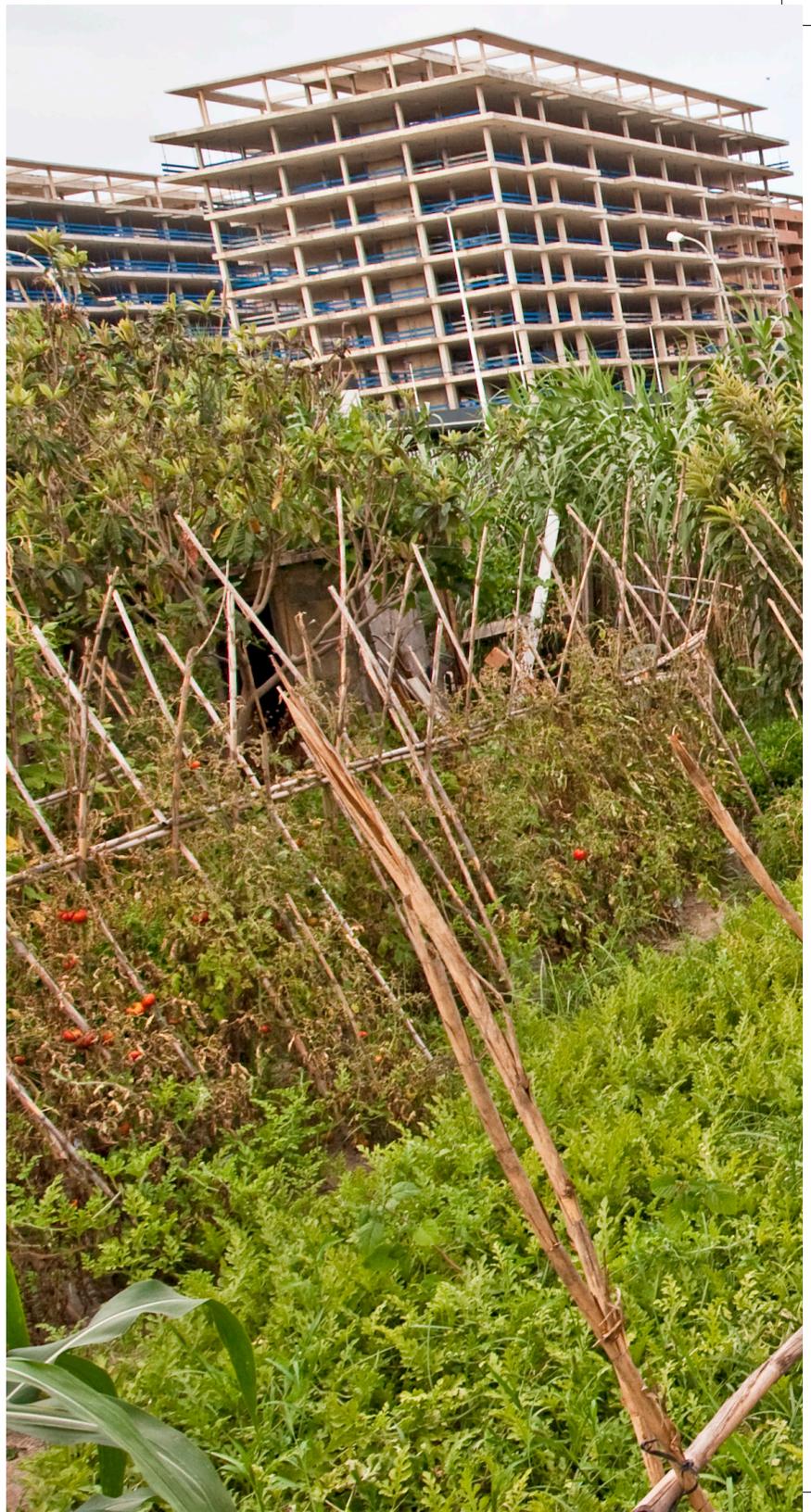
...

En las puertas de las barracas saludábanse los que iban hacia la ciudad y los que se quedaban a trabajar los campos.

-¡Bon día mos done Deu! (¡Buen día nos dé Dios!)

-¡Bon día!

*“La barraca”*





Batiste entró en la barraca, blanca y pulcra como siempre, con los azulejos luminosos y todos los muebles en su sitio, pero que parecía envuelta en la tristeza de una sepultura limpia y brillante.

*“La barraca”*









▲ 5  C-1

Era un rumor de avispero, un susurro de colmena, lo que oían mañana y tarde los huertanos al pasar frente al molino de la Cadena por el camino que va al mar.

Una espesa cortina de álamos cerraba la plazoleta que formaba el camino al ensancharse ante el amontonamiento de viejos tejados, paredes agrietadas y negros ventanucos del molino, fábrica antigua y ruinosa montada sobre la acequia y apoyada en dos gruesos machones, por entre los cuales caía el agua con espumosa cascada.

*“La barraca”*

**Para seguir leyendo haga click aquí**